

Venezuela: Expectante, rabioso...

REINALDO ITURRIZA :: 02/07/2017

La derecha y el régimen de EEUU no han sido capaces de lograr su principal cometido: terminar de doblegar moralmente al chavismo

En cualquier otra circunstancia de nuestra historia, y en particular en el país que nos tocó vivir antes de Chávez, los crímenes y las provocaciones (sobre todo el asedio a bases militares en varias ciudades del país) de esa porción del antichavismo que está en la calle desde el 1 de abril habrían sido respondidos con una brutalidad tal, que la cantidad de víctimas mortales sería considerablemente mayor a la ya escandalosa cifra acumulada durante los últimos tres meses. Por muchísimo menos, el viejo Estado habría impuesto su orden y su paz a sangre y fuego, como ya lo hizo cuando quienes hoy son oposición eran Gobierno, y como lo volvería a hacer.

Es lo que hubiera ocurrido en cualquier otra circunstancia de nuestra historia y, valga la importante acotación, es lo que ha ocurrido en cualquier otro país donde el Gobierno de EEUU ha promovido alguna de las múltiples variantes de desestabilización política y económica, desde la guerra de perros hasta las revoluciones de colores.

Hasta ahora, Venezuela ha sido un hueso durísimo de roer, imposible de quebrar. Y esto ha sido así en la medida en que no han sido capaces de lograr su principal cometido: terminar de doblegar moralmente al chavismo.

El hecho de que, en el peor momento de la revolución bolivariana, el chavismo siga siendo la principal minoría política de un país cada vez más hastiado de la política o, en otras palabras, la asombrosa incapacidad del antichavismo para capitalizar políticamente su victoria electoral de diciembre de 2015 y sus numerosas victorias en el frente económico (guerra económica), es algo que para cualquier observador debe resultar sencillamente incomprensible.

Ensoberbecido, obnubilado, el antichavismo sigue actuando como si encarnara el sentir mayoritario de la población, deseando fervientemente creer que el país casi entero se traga sus mentiras, tolera sus arrebatos y se conmueve hasta el llanto con su épica de pacotilla, con sus "héroes", sus "libertadores" y su "resistencia". Confunde malestar general de la población con simpatía por su proyecto político, por demás inconfesable e inevitablemente antipopular. Si el chavismo militante, aún numeroso y disciplinado, ha optado por contenerse, haciendo un esfuerzo gigantesco por evitar caer en provocaciones, lo que ha impedido que la violencia alcance un punto de no retorno, esto lo interpreta como debilidad o cobardía.

Más grave aún, parece no tener en cuenta un detalle clave, decisivo: más allá está el pueblo mayoritario, buena parte del cual alguna vez se identificó con el chavismo, y todavía cercano culturalmente a él, observando, expectante, rabioso, a punto de desbordarse, como presentíamos que sucedería en 1998 si la vieja clase política desconocía la victoria de Hugo Chávez.

Vergüenza de clase

Seguramente la mayoría de nosotros ha escuchado el comentario: “Esa gente no es de aquí”. Y en efecto, es posible verificar la movilidad de personas de una parte de la ciudad a otra, incluso entre ciudades: sabemos que no todo el que participa en los hechos violentos en los alrededores de Altamira vive en el este de Caracas, ni todos los que se apertrechan en zonas residenciales de clase media en Caracas, Barquisimeto, Mérida, Táchira o Valencia mientras “resisten” al régimen, viven en esas mismas zonas residenciales. Pero es muy probable que ese hecho verificable nos esté impidiendo medir las justas dimensiones de otro fenómeno: el de la vergüenza de clase.

De tantos casos que se pueden referir, detengámonos en uno reciente: los destrozos causados en la sede central del Instituto Nacional de Salud Agrícola Integral (Insai), ubicada en Las Delicias, al norte de Maracay, bastión del antichavismo. En las imágenes puede verse: se robaron las computadoras, los cauchos de los carros de los trabajadores, entre otras cosas. Cabe la pregunta: ¿calificar estas acciones de terroristas no es enaltecerlas? Donde yo vivo a eso se le llama batanear [vapulear, apalear]. Vulgar bataneo.

Por supuesto, a la clase media antichavista que necesita creerse el cuento de la “resistencia”, le resulta sencillamente insoportable saberse batanera. Es así: la clase media batanea y lincha, como intentaron hacer con algunos de los trabajadores del Insai, que tuvieron que correr por sus vidas.

Pero la versión que circula en ciertos círculos es otra: la clase media culta, civilizada, racional, bella, no es capaz de eso. Mucho menos la clase media en plan resistencia. Fueron los colectivos paramilitares infiltrados. Y en última instancia, quizá fue gente antichavista, tú sabes, molesta con el régimen, opositora, “pueblo”, pero que no vive en Las Delicias. Porque qué vergüenza. ¡Mira este video de un policía rompiéndole el vidrio a un carro! Qué vergüenza. ¡Mira cómo saquean en el sur de Maracay! Qué vergüenza.

Es una especie de lumpen-clasemedio que, por supuesto, desea escalar socialmente y ser como la clase alta, y que para lograrlo parece dispuesta a caer todo lo “bajo” que sea posible.

<https://elotrosaberypoder.wordpress.com>

<https://www.lahaine.org/mundo.php/venezuela-expectante-rabioso>